ANTONIO LLERAS

BROOKLYN-BARAKALDO

PLAZA JANÉS

1

Mi adiós a Barcelona está marcado en el billete de autobús a las nueve y doce. La misma hora. Ni a las nueve y cinco, ni a las nueve y tres. Exactamente a las nueve y doce. Cuando todo reventó. Aunque vosotros aún no sabíais nada de eso.

Falta un minuto para las nueve y doce y el conductor de bigote de morsa ha arrancado el motor. No me concede una prórroga para despedirme de esta ciudad acomplejada, pero que me acogió en mis peores momentos; de esta ciudad hospitalaria, que ya no me quiere dentro de ella ni un minuto más. Barcelona quizá sepa que hoy, Mateo Barros, arquitecto del montón, escritor frustrado, regresa a Madrid veinte años después.

El olor a gasóleo se empieza a colar sin pausa entre los asientos y el runrún del motor me recuerda al del autobús escolar que paraba frente al Mater, el colegio que hay cerca de la casa de mi padre. Me ha tocado ventana y me gustaría correr la cortinilla, pero el calvo que se sienta a mi lado parece querer mirar. No necesito últimos reencuentros con sus *carrers*, *vias* y *avingudas*. No quiero saber más de esa arquitectura que me trajo hasta aquí.

Tampoco me apetece que pueda pillarme emocionado cuando en una esquina os aparezcáis alguno de los dos, con ocho años menos, saliendo del Coliseum agarrados a mi mano después de haber visto *Harry Potter*. O tirándoos por un tobogán,

mientras espero abajo con los brazos abiertos dispuesto a cogeros en el aire para que no os entre arena en las sandalias. Os veo frente a los chimpancés del zoo, dando manotazos al cristal para ver si conseguís llamar su atención. En el Tibidabo, subidos conmigo a la noria. Tomando un helado de chocolate por el puerto. Buscando cómics en Galaxia. Con la última camiseta de Messi, ya en vuestras manos, saliendo exultantes de El Corte Inglés de Plaça de Catalunya.

Sé que ya no me necesitáis tanto.

Cada día me necesitáis menos.

Yo cada día os necesito más.

Nuestra dependencia mutua ha sido la de unos vasos comunicantes: ahora soy yo el que os necesita de manera casi tóxica, como hacías tú, Pau, cuando, de canijo, rompías a llorar si desaparecía de tu vista tres minutos al bajar la basura.

Demasiado pronto se detiene el autobús. Hace nada que hemos salido de la estación de Sants. Atasco. Al otro lado del cristal, bajo la lluvia, el polideportivo de Santa Eulalia.

Por mirar.

Ahí jugaste tu primer partido de balonmano, Marc. Uno de esos domingos a las nueve que tanto me jodían. Viendo tu cara después, con esa sonrisa casi más ancha que tu espalda, sentía de inmediato que el madrugón había merecido la pena.

Quizá habría sido más elegante salir de Barcelona en un AVE y llegar a Madrid empleando cinco horas menos sentado en un vagón monacal de esos en los que está prohibido hablar por el móvil. Pero lo que me sobra ahora es tiempo y silencio, y lo que me falta es dinero. Vosotros lo sabéis mejor que nadie, que habéis sufrido los fines de semana que os tocaba conmigo en ese quinto sin ascensor de la Barceloneta, que ya no puedo ni pagar, teniendo que esquivar ingleses borrachos que se quedaban dormidos en las escaleras.

Por los altavoces, entrecortada, la voz del conductor del autobús. Parece querer usurpar ese momento de gloria reser-

vado, hasta ahora, a los pilotos de avión. Se llama Tino y nos va a acompañar en este viaje, dice. Tino informa de que lloverá hasta Zaragoza. Creo que no, que lo hará hasta Madrid. Y durante días. Durante semanas. Meses.

Tino se llamaba mi profesor de la autoescuela del barrio de la Concepción. Mi barrio, el del abuelo, adonde ahora voy. Me gusta mucho pronunciar «barrio de la Concepción», igual que «avenida de la Ilustración». Queda muy rítmico. Más elegante que los nombres de las calles de por aquí. La verdad es que nunca me he sentido catalán en estos veinte años. Ni por asomo. Por muy catalanes que hayáis nacido u os declaréis vosotros. La lengua y la ciudad sí me gustan. Si no, me hubiera negado a que os llamarais Marc y Pau. Pero me hace más gracia un «barrio de la Concepción» que un «l'Eixample». Suena más provinciano, más alegre, menos distante. El catalán, salvo en las canciones, suena distante.

No creo que el abuelo Juan me vaya a recibir con los brazos abiertos. Comienzo a notar calor en las orejas solo con imaginarme contándole que ya no tengo ni para pagar el alquiler. Diciéndole que vuelvo a la casilla de salida con varias entrevistas de trabajo en estudios de arquitectura de Madrid. No atreviéndome a decirle que lo que de verdad necesito ahora mismo es ponerme a escribir la novela que lleva tiempo mordiéndome. Quiero pensar que aquella bomba, hace veinte años, no consiguió reventar todos nuestros vasos comunicantes.

Llueve.

Detrás de los cristales llueve y llueve.

Como escribía Machado.

Como cantaba Serrat.

2

Virgen del Castañar, Virgen del Portillo, Virgen de la Fuencisla. Una virgen tras otra deslumbraba a Malen aquella tarde en el barrio de la Concepción. Casi al mismo ritmo con el que se le aparecían las viejas tras los visillos de los bajos que daban a la calle.

Virgen del Fresnedo, Virgen de la Providencia. ¿Dónde coño estaba Virgen de la Monjía? Telenovela. Ganchillo. Olor a café. Mujer con rulos leyendo junto a una mesa camilla. Sonido a beso con babas en la mejilla del nieto que vuelve del Obispo Perelló. La voz de Gemma Nierga escapándose por las rejas de la ventana negra de un edificio que recordaba a un presidio. Nadie diría que se acabase de iniciar un nuevo siglo con el euro empezando a figurar en los tíquets de todos los comercios del barrio.

Al manosear las llaves que guardaba en el bolsillo de los vaqueros, se creía una *sorgina* de las que le hablaba su *amama* Teresa, esas que dominaban los poderes mágicos trescientos años atrás. Las sobaba, como si al hacerlo pudiera invocar un *akelarre* en alguna cueva remota que la ayudase en la búsqueda de su portal. Quizá también abusaba de tocar el metal para tratar de olvidar el frío de la Parabellum que atravesaba la funda y le subía por el costado izquierdo.

«No tienes por qué usarla, tranquila». Podía sentir su rigidez. «Pero sí tienes que llevarla. No te va a pasar nada», le

había dicho Eneko en el puerto de Santurtzi al despedirse días atrás. El cañón le estaba empezando a hacer mella. «Es solo para protegerte». Aunque hubiese comprobado varias veces que el seguro estaba accionado, siempre le volvía el mismo temor: si se tropezase y se le hubiera olvidado bloquearla, ¿podría dispararse sola? ¿Una bala accidental llegaría a atravesarle el corazón?

Malen miraba hacia ambos lados, en alerta ante cualquier señal, igual que si jugase al escondite. «Estate atenta, solamente eso», y Eneko la besó allí, frente a los botes que golpeaban el pantalán. Al recordar el roce de su barba de pocos días sobre su piel suave, algo similar a una ligera descarga eléctrica le recorrió la comisura de los labios hasta llegar al segundo aro que le mordía la oreja. «No estás fichada». Todavía podía escuchar su respiración fuerte, con ese aliento a cerveza con el que la aspiraba y dejaba vacía.

«Malen, eres *legal*», se recordaba a sí misma a cada paso. En cualquier momento podría leer Calle Virgen de la Monjía en una de las placas azules de los cruces y empezar a sentir más suyo ese barrio de la Concepción. A fin de cuentas, aquellos edificios amarillos de cinco alturas eran muy parecidos al bloque de sus padres. La diferencia solo estaba en los nombres de las calles. Y en la luz.

La luz sí era muy diferente. El blanco de los coches aparcados refulgía. Echaba en falta unas gafas de sol que le ahorrasen tener que entrecerrar los ojos verdes. Al final iban a tener razón con el dichoso cielo de Madrid.

Aunque prefería el gris de Barakaldo.

Un silbido a su espalda.

No sabía si quedarse quieta o correr, igual que un jabalí espera a que el instinto lo oriente en su huida en el sotobosque, cuando comienza a oír los ladridos de los perros de caza.

Mantuvo el ritmo, como si no lo hubiera escuchado. «¡Que no me entere yo de que ese culito pasa hambre!». Un albañil

al que se le caían los pantalones azules, con la llana en una mano, babeaba desde lo alto de un andamio.

Lo miró con asco, pero acabó sonriendo al ver que, junto a él, una placa deslumbraba: Calle Virgen de la Monjía.